

taba la protección de España, lo cual cedería en perjuicio de la doctrina Monroe. Pero la reciente recepción de Robles Pezuela hizo que por entonces fuera desoída la pretensión del enviado de Juárez.

Entretanto, habían mediado varias conferencias privadas entre Mata y Buchanan, « el resultado de las cuales, dice un periódico norteamericano, fué que se despachó á Mata á Veracruz con la seguridad de que la deseada protección de los Estados Unidos contra Zuloaga se facilitaría mucho y se obtendría probablemente. »

« Los Estados Unidos aprovechando la situación precaria de Juárez y el deseo que tenía éste de ser reconocido por aquéllos, querían, antes de decidirse á recibir al enviado juarista, obtener todas las ventajas posibles de esa situación y de ese deseo. Mata no llevaba sólo la promesa de que Juárez sería reconocido por el gobierno norteamericano, sino también la de que se darían á aquél, auxilios en hombres y en dinero para derrocar á Zuloaga. » (A. Villaseñor y Villaseñor. *Estudios Históricos* de los cuales nos hemos aprovechado para escribir los artículos acerca del tratado Mac Lane-Ocampo, y de los sucesos de Antón Lizardo.)

« Que venga el Presidente Juárez á Nueva York, decía en marzo de 1859 el *Herald*, y le enseñaremos el camino para que pueda dar con jefes militares experimentados, intrépidos y dignos de su confianza que en el espacio de tres meses sean capaces de conducir á México cincuenta mil hombres, y de reponer en sus funciones al Presidente y al Congreso Constitucional en la Capital de México, advirtiéndole que esto podrá hacerse con la cuarta parte del gasto de lo que él ha invertido en la inútil lucha del año pasado. » Aunque, por confesión de Zarco (*Sig.* junio 1861), Juárez tuviese á su lado muchos hombres que le aconsejaban contratase aventureros para que sirvieran en él, y más tarde accediese á esa contrata, (*Riv.*), no pudo Juárez, que en las circunstancias críticas era falto de resolución y energía, tomar ninguna determinación por algún tiempo. En el interin, sus ejércitos sufrían derrotas por todas partes. Veracruz que le servía de refugio, iba á ser sitiado por Miramón, y las escuadras francesa é inglesa lo estaban apremiando para que pagara los réditos de sus convenciones y diera una reparación é indemnización por el préstamo forzoso que Juan José de la Garza impuso en Tampico á residentes extranjeros.

« Si el comandante de la escuadra anglo-francesa, decía el *Herald*, arroja de Veracruz á Juárez y á los constitucionalistas, y reduce su causa á la desesperación, esto no hará más que disponerlos más favorablemente de lo que han estado hasta aquí para admitir el auxilio de los norteamericanos. » Así sucedió. Juárez, el hombre de firmeza inquebrantable, según reza la leyenda, tuvo que acceder humilde á las exigencias de los Estados Unidos, y Mata volvió á Washington con amplias facultades para malbaratar el territorio nacional á Buchanan, que era la condición bajo la cual podía ser reconocido el gobierno de Juárez. « Si el señor Mata viene investido de amplias facultades, decía el *Times* de Nueva York, será inmediatamente admitido por el Gobierno, y quedará por tanto reconocido el de Juárez. » (*Av.* 21 enero 1859).

Efectivamente, Buchanan, como dijo el señor Díez de Bonilla, rompió sus relaciones con el gobierno conservador, porque éste no quiso ni enajenarle

territorio de la frontera, ni hacerle concesiones perjudiciales respecto del tránsito de Tehuantepec; de consiguiente, para reanudarlas con Juárez, ha de haber tenido certeza de que esas dos exigencias iban á ser obsequiadas, máxime cuando se reflexiona que el reconocimiento de Juárez no entró nunca en las ideas de Buchanan; pues que en su mensaje aseguraba que no tendría su gobierno representante en México sino hasta que uno de los dos partidos beligerantes se hiciera dueño de todo el país. Sin embargo de esa protesta, se le vió enviar un ministro á reconocer á Juárez, cuando lejos de haber ganado terreno, éste había perdido todo el que tenía en el interior y en la frontera.

« El reconocimiento de Juárez, dice Rivera, apresuró el desenlace de la lucha fratricida, aunque con mengua de la independencia en la política de la nación. » Parte de la prensa norteamericana censuró acremente la conducta de Juárez sobre quien recayó un chubasco de vituperios y expresiones del más profundo desprecio. « Se asegura, decía el *New York Express*, que ha venido á Washington un agente de Juárez con intención de vender la Sonora á los yanquis en cinco ó diez millones de pesos. Si este señor tiene realmente título á la propiedad de Sonora, era mejor que convocase una asamblea para adjudicarla al mejor postor. Se tiene generalmente poco respeto hacia un hombre que marcha por el mundo tratando de vender su país al primero que quiera comprarlo. Es una providencial circunstancia que este personaje no haya podido inducir á Mr. Buchanan á que sea uno de los postores. En efecto, si nos dejásemos persuadir en prestar á Juárez los diez millones, veríamos pronto caer sobre nosotros una multitud de generales y presidentes mexicanos tratando igualmente todos de vender el corazón de su país á bajo precio y al contado. No podemos creer que el pueblo americano consienta en gravar sus impuestos para hacer un servicio á todos esos mendigos y salteadores. » (*Av.* 15 enero 1859).

De conformidad con lo pactado entre Buchanan y Juárez, el 6 de abril de 1859 Roberto Mac Lane, Ministro plenipotenciario de los Estados Unidos cerca de Juárez, fué recibido oficialmente en Veracruz, cambiándose entre ambos unos discursos que se distinguieron por su ridiculez y fatuidad. Mac Lane comenzó el suyo por una burla protestando que el presidente y el pueblo de los Estados Unidos se interesaban vivamente en el bien de México, cuando la conducta desleal que observó Forsyth en los últimos meses de su misión diplomática, « el tono desdeñoso, ultrajante y ofensivo que Buchanan seguía empleando respecto de México, » (*Riv.*) el anuncio en el mensaje presidencial de la ocupación de Sonora y Chihuahua por los Estados Unidos, y, más tarde, la pretensión de que « la deuda de México á los Estados Unidos ascendiera á diez millones de pesos, sin presentar documentos justificativos, manifestaban más bien intenciones hostiles para con México, » según asienta Rivera.

« Confío, agregaba Mac Lane, en que la administración de Vuestra Excelencia en los asuntos públicos sea distinguida por la perfección y consolidación de aquellos grandes principios de libertad constitucional que forman los elementos fundamentales de la verdadera libertad, y que distinguen las repúblicas de México y de los Estados Unidos de la mayor parte de los grandes Estados é Imperios del hemisferio oriental. »

Muy pedante fué Mac Lane al valerse de un discurso de recepción para disertar acerca de los principios de libertad constitucional; no se manifestó menos fatuo cuando afirmó que en las más de las naciones europeas no se conocía la libertad, siendo así que muchas de ellas que no se jactaban de ser repúblicas, no practicaban el odioso sistema de la leva como México, ni amparaban con sus leyes la horrible trata de los negros como la república norteamericana. Aquí tenemos un ejemplo de la proverbial « fatuidad de los norteamericanos mezclada como siempre está con la ignorancia, » según la atinada reflexión de uno de sus historiadores. (*Banc.* p. 689).

En contestación á ese discurso aseguró Juárez que todos los funcionarios y jefes que sostenían el gobierno constitucional, « haciendo á un lado todo interés mezquino y toda aspiración personal, se habían consagrado á la salvación de la santa causa de los pueblos, la libertad constitucional. »

Eso de hacer á un lado las aspiraciones personales en boca de un hombre que sin poder, sin recursos, sin autoridad, sin título legítimo, había provocado la más horrenda guerra fratricida, sólo para ocupar la primera magistratura, dice Villaseñor, era un rasgo de la más refinada hipocresía. Juárez continuó diciendo : « Deseo y espero que los gobiernos de ambas repúblicas continúen y fomenten una amistad leal que, consultando y armonizando sus intereses, hagan fecundo el triunfo de la libertad constitucional. » Más adelante se verá cuan bien consultó y armonizó Juárez los intereses de los Estados Unidos empeñados entonces en ocupar militarmente á Sonora y Chihuahua. Y como « la boca de los fatuos hierve en necedades » (*Prov.* 15. 2), Juárez terminó haciendo este voto ridículo : « ¡Pueda el buen ejemplo que ambos países se den, ser seguido por las demás naciones entre sí y con las de los Estados Unidos y México para consolidar la paz del mundo y el incesante progreso de la humanidad! »

México, destrozado por una encarnizada guerra civil y á punto de perder su nacionalidad, pretender servir de ejemplo á las demás naciones y enseñarles cómo se consolida la paz; México, con su población indígena, inculta y semisalvaje, con su agricultura, minería é instrucción pública por organizar, con un sainete de gobierno acorralado en Veracruz, con una pantomima de república harrapienta¹ é intolerante, querer, con todo y éso, ser

1. Al decir « harapienta, » no faltamos á la verdad, sino que sintetizamos en una sola palabra lo que José de Jesús Cuevas expresó en estas líneas : « Los árabes beduinos tienen sus túnicas como los hijos de los patriarcas : los fellhas del Egipto y los abisinios también están vestidos. En el centro del África y en algunas islas de la Oceanía, hay pueblos bárbaros que están desnudos; pero un pueblo vestido de andrajos de asco y de impudor, sólo entre nosotros se encuentra. Sin vestido no puede inspirarse respeto á los demás porque se siente el desprecio de sí propio. Los americanos, que es el pueblo que más intensa y sinceramente nos detesta, para resumir en una sola palabra todo su orgullo y todo su odio, nos llama los grasientos. Por duro que sea, hay que aprovechar el consejo del enemigo. Debemos persuadirnos de que un pueblo desnudo no merece sentarse al banquete de la civilización. »

norte y lucero del incesante progreso de la humanidad, ¿qué cosa más grotesca podía haber dicho Juárez, ese mismo Juárez obligado á confesar más tarde en su diario oficial, que sólo en 1868 fué cuando los Estados Unidos « por primera vez consideraron á México como á nación civilizada, y no como á pueblo salvaje? » (*Cos.* t. 20. p. 253.)

« Afortunadamente, dice un escritor norteamericano, la crítica ha llegado á un alto grado de penetración que hace imposible sigan surtiendo efecto los embustes oficiales y sociales de la mayor parte de las repúblicas latino-americanas, con el objeto de presentarse como no son ni pueden ser, perfectas y poderosas cual ninguna fracción de la humanidad. Es táctica de torpes escritores latino-americanos, para establecer prestigios sobresalientes, mentir con el descaro de ignorantes y con la perversidad de fulleros. Los menos despreciables, acostumbran negar todo lo malo de su nación y exagerar todo lo bueno, pero la crítica ha descubierto el axioma de que la nación que intenta presentarse perfecta en la prensa, tiene que estar muy lejos de la civilización, que ordena la verdad como el colorido de la honorabilidad. » (J. H. Webster. *The American Republics.* t. 1. p. 297).

El 28 de abril de 1859, Mata, enviado de Juárez á Washington, presentó sus credenciales á Buchanan y dijo en su discurso : « El primero y ciertamente el más satisfactorio de mis deberes en el acto de presentarme ante Vuestra Excelencia en mi carácter oficial, es el de expresarle el sincero deseo con que procuraré estrechar más y más las relaciones del gobierno de Vuestra Excelencia y del gobierno de mi país; el deseo que me anima de contribuir hasta donde me sea posible al desarrollo de los intereses de ambos países, con la esperanza que acaricia de que las dos Repúblicas, unidas ya por principios comunes y análogos intereses, irán estrechando esa unión más y más cada día. »

El Presidente contestó : « Somos vecinos y debemos ser amigos. Está en nuestro interés y en el vuestro establecer las más liberales relaciones de comercio. Siempre me hallaréis dispuesto á obrar de buena voluntad con arreglo á estos principios, y á favorecer cualquier sistema político que pueda ser el mejor calculado á fin de promover la prosperidad de entrambas Repúblicas. »

En el discurso de Mata hallamos los deseos de Juárez de armonizar los intereses de los Estados Unidos con los de México, y los de Melchor Ocampo de convertir á ambas Repúblicas en casi una sola nación. Con razón Buchanan se ofrece á favorecer el sistema político de Juárez : ningún otro habría de procurar tanto la prosperidad territorial y aun política de la nación vecina. Pocos días antes, un periódico de Nueva Orleans, el *Picayune*, había dicho casi lo mismo que Buchanan en estas sus palabras : « Si vence Miramón, su victoria será la señal del aniquilamiento del partido americano en México, y el triunfo del otro partido que es el enemigo inveterado y cruel de nuestro pueblo, el que se opone á todos los planes que tienden á ensanchar nuestras relaciones y armonizar nuestros intereses con los de ese país. » (*Av.* 26 abril 1859).

La recepción de Mac Lane fué dada á conocer por Ocampo en una circular de fecha 6 de abril que, por acuerdo de Juárez, expidió á los goberna-

dores de los Estados. « Era D. Melchor Ocampo, dice Arrangoiz, hombre de algún talento, de poco juicio y de ideas extraviadísimas en política y religión. Fué uno de los primeros que atacó con sus escritos á la Iglesia, siendo gobernador del Estado de Michoacán; y á Juárez le aconsejó que empleara el rigor contra los conservadores. Se jactaba de ser ateo y murió sin querer prepararse religiosamente. »

En su circular, Ocampo manifestaba torpemente que Juárez iba á celebrar un convenio con los Estados Unidos, no apremiado por las circunstancias, sino obedeciendo á una nueva política. Las cláusulas de ese convenio habían sido presentadas por Mr. Trist, Ministro de los Estados Unidos cuando se firmó el tratado de paz de Guadalupe Hidalgo. Los representantes del gobierno mexicano y el mismo Ocampo las rechazaron como ofreciendo graves peligros para la independencia nacional. Entonces México había sido vencido, mientras que en 1859 el gobierno norteamericano no podía influir sobre las decisiones del de México.

La nueva política de Juárez la traducía la circular en estos términos : « Resuelto el Excelentísimo señor Presidente á entrar en una nueva política, franca y decorosa con los Estados Unidos, evitará que cunda más entre nosotros el espíritu de insensato antagonismo que, para que los demócratas de todo el mundo no se entiendan y ayuden, ha conseguido sembrar un jesuitismo diestro y maquiavélico. »

Aquí aludía Ocampo á la repulsión instintiva de los mexicanos patriotas respecto de los norteamericanos que fomentaron la rebelión de Texas, armaron en varias ocasiones expediciones filibusteras contra la república, la invadieron en 1846, y expresaron en días pasados su intento de cogerse otra zona de México, ayudados de aquellos hijos de los liberales que en el banquete del Desierto brindaron por el invasor de su patria.

Hablando de Juárez decía la circular : « Se reunirá á los hombres de ambos países que piensan que en uno y en otro hay cualidades estimables que deben estimularse, y vicios á cuya destrucción debe dirigirse un bien entendido patriotismo. Se unirá con los hombres de carácter elevado y corazón recto de ambos países que no creen como Hobes, que la guerra sea el estado natural de la humanidad, sino que unidos en el espíritu cristiano de creer hermanos á todos los hombres, no piensan que el destino providencial de los pueblos sea el de destruirse los unos á los otros, sino es el amarse y ayudarse mutuamente. »

¡Y qué bien los amaba á esos hermanos el voluble Ocampo, á quien un escritor liberal llama « hombre de carácter firmísimo, de convicciones profundas, » cuando en su proclama de 3 de abril de 1847, sembraba él también « un jesuitismo diestro y maquiavélico » que á la letra decía : « Norte-América se distingue entre todos los pueblos del mundo por su grosero cinismo; y la parte de los hombres armados que sobre nosotros envía es el desecho de esa misma escoria! » De aquel « hombre de convicciones profundas, » ante las cuales Vigil se pasma de admiración, es también el siguiente escrito fechado en Colima el 28 de marzo de 1858 : « El señor Presidente jamás dará su nombre para que los infames que especulan con las

desgracias de varias naciones hispano-americanas vengan á intervenir en estas cuestiones domésticas. » ¡Qué pronto dió su nombre el presidente de « firmeza inquebrantable » para que aquellos infames vinieran á intervenir en las cuestiones domésticas de México ! Díganlo estas otras palabras de la circular Ocampo : « El Excelentísimo señor Presidente se unirá por último, á los economistas que piensan que un vecino rico y poderoso vale más que un desierto devastado por la miseria y la desolación. »

Con bastante ligereza confesó Ocampo que Juárez estaba resuelto á vender el territorio nacional, puesto que la circular traía los mismos términos que usó Buchanan en su mensaje al decir que los Estados fronterizos de Sonora y Chihuahua eran unos desiertos que los indios tenían devastados por la miseria y la desolación. Buchanan declara que interesa á su gobierno apoderarse de aquellos Estados, y Ocampo asienta que interesa á México deshacerse de aquellos desiertos en cambio de los cuales Juárez piensa que vale más un vecino rico y poderoso; y que, en tal concepto, como lo declaró á Mac Lane, armonizará los intereses de México con los de los Estados Unidos. Tal era, en resumen, « la nueva política franca y decorosa. » que inauguraba Juárez.

En 1859 los demócratas esclavistas habían perdido la mayoría en el Congreso; y para recobrarla, su Presidente, Buchanan, ideó apoderarse de los Estados fronterizos de México, á fin de establecer en ellos la esclavitud y asimismo aumentar el número de los diputados negreros, y tener en jaque al partido republicano. Se le atribuían estas palabras que reprodujo *El Atlántico* de Boston : « Hay que extender la población negra de los Estados Unidos, y exterminar la indígena de México que para nada sirve. » 'A éso tendía « la nueva política franca y decorosa » que adoptaba Juárez, como lo indicó el *Times* (13 dic. 1860), órgano del senador Seward, en estas líneas : « El partido llamado liberal en México hizo en el tratado Mac Lane Ocampo concesiones vergonzosas á los intereses esclavistas del Sur, intimidado ó comprado por los hombres de la esclavitud. »

Al aliarse con el partido demócrata y negrero, no podía ignorar Juárez que se mancomunaba con el enemigo más desapiadado de su raza y de su nación, y que Matías Romero le había dicho claramente : « Los miembros más prominentes del partido republicano, John Quincy Adams..., y Abraham Lincoln, candidato de este partido para la presidencia, se opusieron abiertamente el primero á la incorporación de Texas á la Unión Americana, y el segundo á la guerra que por consecuencia de tal incorporación hicieron los Estados Unidos á México en los años de 1846 y 1847; y Adams en el Congreso, y Lincoln por medio de la prensa manifestaron sin embozo su reprobación á la política de aquellas administraciones. Los demócratas, al contrario, son los que iniciaron y ejecutaron tales medidas, y en su credo político entra como uno de los artículos cardinales, que han de procurar, en cuanto de ellos dependa, ensanchar los límites de la Unión y propagar la institución de la esclavitud. »

En enero de 1859, la prensa norteamericana había manifestado muy á las claras que aquella enajenación de parte del territorio nacional era el precio

del reconocimiento del gobierno de Juárez por los Estados Unidos. « Hay motivos de creer, decía *L'Abeille* de Nueva Orleans, que el partido liberal, preocupándose en el empeño de hacer que el gobierno de Juárez sea reconocido por los Estados Unidos, consentiría en autorizar el establecimiento de puntos militares en Chihuahua y Sonora. Los precios ofrecidos para la compra de terrenos en Sonora hacen presumir que los norteamericanos no tardarían en tomar posesión de aquel Estado. » (*Av.* 30 enero 1859.)

Tampoco tardó la prensa conservadora en tachar de traidores á los que vendían su patria á los peores enemigos de su raza, sólo para que éstos los ayudasen en sobreponerse á sus contrarios á quienes no podían vencer con las armas. El 14 de abril de 1859, el señor Díez de Bonilla, Ministro de Relaciones del gobierno de Miramón, suscribió una protesta enérgica en que manifestaba que el gobierno norteamericano había reconocido el de Juárez únicamente porque Zuloaga desechó como injuriosas al buen nombre é intereses vitales de México las proposiciones que Forsyth le hizo por órdenes expresas de su gobierno, para celebrar un tratado en virtud del cual se concediese á los Estados Unidos, por una suma de dinero, una parte muy considerable del territorio nacional y el paso á perpetuidad del istmo de Tehuantepec. Declaraba el ministro por orden especial del presidente de la república mexicana, que son nulos y de ningún valor ni efecto cualesquiera tratados, convenios, arreglos ó contratos que sobre cualquier materia se hayan celebrado ó puedan celebrarse entre el gabinete de Washington y el llamado constitucionalista; y que desde ahora para siempre, protesta ante el mundo civilizado, á nombre de la nación, dejar á salvo la plenitud de sus derechos así sobre toda la extensión de su territorio, como sobre cualquiera otro punto en que se afecten los intereses y soberanía de México.

Esa protesta causó su efecto. Avergonzado el gobierno norteamericano de ver publicados los motivos ruines por los cuales había reconocido el gobierno de Juárez, quiso contestar con una nota que en 28 de abril dirigió Mac Lane á Ocampo. En ella reconocía implícitamente el gobierno de Miramón y confesaba que en efecto Buchanan hizo inútilmente á Zuloaga proposiciones para la compra de territorio mexicano.

Á la acusación de traidores contestó torpemente Ocampo dando á entender que sí era cierto que los liberales estaban resueltos á traficar con el territorio nacional. « No hay que atender, decía, (circular de 28 de abril 1859) á los que con un hipócrita celo del honor nacional aparentan escandalizarse, horripilarse de la idea de disminuir el territorio. Cuando la república haya conseguido sujetar ó convencer á aquéllos de sus hijos extraviados que no quieren sino regirla por una voluntad caprichosa, sabrá distinguir los actos que la salvan, de los que la destruyen, y consagrar los que le sean útiles. »

Los periódicos de Veracruz, inspirados por Ocampo, propagaban esas mismas ideas y afirmaban que no había que preocuparse acerca de la patria; que ésta desaparecería con el progreso para ser reemplazada por los intereses comerciales. « En el triste caso de ser necesaria, indefectible la intervención de una potencia extranjera, decía *La Reforma Social*, el partido liberal acep-

taría más fácilmente la de los Estados Unidos. Estrechadas las distancias por la telegrafía y el vapor, enlazados los hombres por el pensamiento y por la ciencia que se comunica de un continente al otro, y de nación á nación por la imprenta, las líneas de demarcación de los pueblos irán desapareciendo poco á poco confundidas unas en otras por las transacciones respectivas que deben causar las simpatías de los intereses. » (*Av.* 18 junio 1859). Para disculpar á los liberales de la traición que les achacaba el partido conservador, *El Guillermo Tell* renegaba de la patria y justificaba de antemano la conducta de los conservadores cuando llamaron la intervención europea. Decía : « Algunas veces los pueblos cansados de sufrir una odiosa tiranía, miden sus propios recursos, prueban sus fuerzas, y al encontrarse impotentes reclaman de los demás pueblos un auxilio para vencer á sus tiranos. Y cuando esa esclavitud quiere emanciparse, y la mano de otro hombre libre cruza los mares para romper las cadenas, entonces algún labio ruin exclama : traición, traición. ¿A qué se llama en fin extranjero? ¿Con qué se significa la traición de la patria? » Aquí se detenía á manifestar que no existía más que una familia humana, hermanos todos é hijos de un solo padre, y en seguida continuaba : « Ahora bien, ya reconociendo el verdadero origen de la especie humana, y juzgada como una sola familia que vive acaso en diversas partes de la tierra, pero que no pierde por éso su unión doméstica, me diréis : ¿cuál es su patria? ¿No es cierto que si todos somos hermanos, la patria no es una extensión de arena, sino que es el universo? Pues, ¿cómo os atrevéis á decirle á un pueblo que recibe el auxilio de sus hermanos, que con ésto traiciona á la patria? » (24 oct., 1859).

CAPÍTULO VI.

Vacilación de Juárez en aceptar la intervención norteamericana. — Disgusto de los Estados Unidos con él y salida de Mac Lane. — Derrota de los liberales en la Estancia. — Regreso de Mac Lane y sumisión de Juárez á las exigencias de los Estados Unidos. — Examen del tratado Mac Lane Ocampo. — Es duramente atacado por la prensa y finalmente desechado por el Senado Americano.

MUY comprometida quedó la situación de Juárez por la llegada á Veracruz del ministro norteamericano, cuya presencia le recordaba que tenía que cumplir ahora las promesas de territorio nacional hechas á Buchanan, si quería conseguir el auxilio de los Estados Unidos. Vacilaba Juárez en abrir esa negociación; y por otra parte, á tanto había llegado el desaliento en el partido liberal, que éste no vió más salvación que en la idea de traer voluntarios norteamericanos. Un panegirista de Juárez, Carlos Pereyra, asienta